

Dios en Diálogo*

P. Fidel Oñoro, cjm

Decano Facultad de Estudios Bíblicos Pastorales y de Espiritualidad

P. Wilton Sánchez

Instituto Bíblico Pastoral Latinoamericano

“Ciertamente, la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que una espada de doble filo: entra hasta la división del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula, y descubre los sentimientos y pensamientos del corazón. No hay ante ella criatura invisible, sino que todo está desnudo y patente a los ojos de Aquel a quien hemos de rendir cuenta” (Hb 4,12-13).

Este es uno de los textos más conocidos de la carta a los Hebreos, por su contundencia y pertinencia para describir el efecto de la Palabra de Dios, apelando con severidad a superar la indiferencia y avanzar decididamente en el seguimiento de Jesús. Incluso algunos consideran que haya sido parte de un antiguo himno.

En primer lugar, este texto enumera cinco cualidades de la Palabra de Dios: *zōn*, Viviente; *energhēs*, eficaz, activa, efectiva; *tomoterōs*, cortante, aguda, afilada; *diiknoúmenos*, penetrante, atraviesa hasta el fondo; *Kritikós*, escrutadora, que discierne porque separa, porque distingue en lo más profundo una cosa de la otra para ponderar lo que vale la pena y lo que no.

En segundo lugar, la imagen de la espada de dos filos, *májaira dístomos*, trae a la memoria varios textos del Antiguo Testamento:

“Hijo de hombre, profetiza y di: Esto dice el Señor Dios: Habla: Espada, espada afilada y bruñida. Ha sido afilada para decapitar, ha sido bruñida para brillar. Ha sido bruñida para ser empuñada. Ha sido afilada y bruñida para ponerla en manos del verdugo” (Ez 21,14-15). Este canto, con lenguaje barroco y colorido,

introduce al lector tan profundamente en la escena que lo hace ver la silueta de la espada en contraluz, cuando es levantada por Dios.

En el contexto del juicio inminente e imparable del Señor, el profeta Isaías afirma: “La espada del Señor está ensangrentada (gotea sangre), cebada en grasa, en sangre de corderos y machos cabríos, en grasa de entrañas de carneros, porque hay un sacrificio del Señor en Bosrá, matanza grande en la tierra de Edom” (Is 34,6).

En la actualización de la experiencia del Éxodo realizada por el libro de la sabiduría en un contexto helenista, también se usa esta imagen en manos del ángel exterminador para describir la eficacia de la Palabra de Dios: “Cuando un sereno silencio lo envolvía todo y la noche estaba a la mitad de su curso, tu omnipotente Palabra desde el Cielo, desde los tronos reales, como guerrero implacable, se lanzó sobre aquella tierra desolada, llevando la espada afilada de tu orden terminante” (Sb 18,15).

En fin, la espada es una imagen usada muchas otras veces en la Sagrada Escritura, incluso en el Nuevo Testamento, en donde suele evocarse como elemento de división y de juicio: “He venido a traer la espada” (Mt 10,34). Así se presenta también la profecía de Simeón en la que habla de una espada, *romfaía*, que traspasará el corazón, el alma de María (Lc 2,35)

En fin, aunque el texto de Hebreos resalta la capacidad vivificante de la Palabra de Dios para entrar en lo más profundo del ser. Aunque el contexto es de juicio, las cualidades de la Palabra la presentan, no como espada

para matar, sino como un bisturí que está hecho para curar. Este texto es citado de manera explícita por el Concilio Vaticano II, para enfatizar cómo, por medio de la Sagrada Escritura, Dios entra en diálogo con los seres humanos, de ahí su inmenso valor (DV 21).

Contexto de la *Dei Verbum*

Después de 60 años de la promulgación de la *Dei Verbum* y 16 de la Exhortación apostólica *Verbum Domini*, en la que Benedicto XVI recoge la reflexión del Sínodo sobre la Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia, se ha respirado y vivido una atmósfera singular que paradójicamente ha llevado a la Iglesia a mirar en dos direcciones antitéticas y, sin embargo, complementarias.

Por una parte, se proyectaba hacia el mundo en evolución y, por tanto, hacia horizontes futuros, haciendo resonar una palabra que sigue siendo emocionante, “aggiornamento”. Y, por otro lado, se quería liberar del mando, un poco polvoriento, de una historia secular el corazón palpitante del Evangelio, la vitalidad de los orígenes del cristianismo, la matriz doctrinal eclesial profunda, obligando a una especie de mirada retrospectiva.

A pesar de las tensiones entre quienes miraban más hacia delante y los que se aferraban más al pasado, en medio de todo, unos y otros sentían un llamado a vivir con mayor eficacia el cristianismo.

Y es aquí donde la Palabra de Dios ha vuelto a iluminar como un rayo solar en toda la Iglesia. Su estrella polar ha sido la constitución que lleva como título significativo “Palabra de Dios” (*Dei Verbum*, en Latín).

En los primeros borradores tenía otro título, “*De Sacra Scriptura*” (La Sagrada Escritura), que era una referencia al libro. Pero se vio en el Concilio que la Palabra de Dios es una realidad más amplia, pues precede al texto de la Biblia y que también va más allá de él.

La Biblia es Palabra de Dios, sí, pero en cuanto Palabra “escrita”. No se trata de una aseveración reducti-

va; pues, si bien, la Palabra de Dios no es solamente la Biblia, tampoco se pueden comprender las otras formas de la Palabra de Dios sin este referente objetivo que es la Biblia.

La Sagrada Escritura atestigua la revelación de Dios, que primero tiene su eco en la Creación y su historia, y que se entrega, por la acción del Espíritu Santo, en la Tradición, en la cual se cumple lo que sugestivamente declaraba San Gregorio Magno en su homilía sobre Ezequiel: “*Scriptura cum legente crescit*”, (La Escritura crece con quien la lee).

Por todo esto se le dio como título: Constitución Dogmática *Dei Verbum* sobre “De Divina Revelatione”. Benedicto XVI enfatizó este aspecto al titular la exhortación apostólica post-sinodal: *Verbum Domini*.

La Palabra divina brilló con el Concilio de forma clara en la liturgia, en la catequesis, en la espiritualidad (*la Lectio Divina*), en la pastoral, en la teología y en la cultura.

Un efecto de esto se vio en la misma teología. Antes del Concilio, los profesores acostumbraban partir de una reflexión especulativa y recurrían a la Sagrada Escritura solo para confirmar sus tesis. A partir de entonces, los cursos suelen empezar con la escucha de la Palabra, para después abordar el magisterio y la tradición, propiciando el flujo de la reflexión. Esta novedad metodológica, que ahora es normal, fue una revolución, pero en realidad es también un retorno a las fuentes tal como lo hacían los Padres de la Iglesia, quienes no hablaban o escribían sobre la Biblia, sino que hablaban la Biblia. Así con el Concilio Vaticano II se quiso volver a poner la Palabra de Dios en el centro vital de la Iglesia.

Los tres hilos de la *Dei Verbum*

En la *Dei Verbum* se observan tres hilos conductores. El primero de ellos es el nexo entre Escritura y Tradición, que se expresa en sus capítulos I y II a través de la fórmula latina “*Verbum Dei scriptum vel traditum*” (la Palabra de Dios escrita o transmitida). Esta sección termina así: “la Sagrada Tradición y la Sagrada Escritu-

ra están íntimamente unidas y compenetradas. Porque surgiendo ambas de la misma divina fuente, se funden en cierto modo y tienden a un mismo fin” (DV 9).

Fundamental y radicalmente las Sagradas Escrituras son Palabra de Dios, pero no toda la Palabra de Dios. Ellas cristalizan en el documento escrito aquella Palabra, pero no como un depósito inerte, sino como potencia de vida que se extiende en la Palabra divina que transmite la Iglesia, esto es, el “*Verbum traditum*” (Palabra transmitida), la Tradición iluminada por el “Espíritu de la Verdad” que Jesucristo prometió (Jn 16,13).

La *Dei Verbum* describe también el Magisterio que, sostenido por el Espíritu Santo, “evidentemente, no está sobre la Palabra de Dios, sino que la sirve, enseñando solamente lo que le ha sido confiado, por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo la oye con piedad, la guarda con exactitud y la expone con fidelidad, y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como verdad revelada por Dios que se ha de creer” (DV 10).

En síntesis, Escritura, Tradición y Magisterio están interconectados en una vinculo viviente y en una única finalidad salvífica.

El segundo hilo temático, se desarrolla entre los capítulos III y V. Se unen dos piedras angulares de la Teología de la Palabra de Dios que han generado muchas reflexiones: la inspiración y la hermenéutica o interpretación.

Hay una co-presencia del autor divino y el autor humano que revela la cualidad auténtica de la inspiración, análoga a la encarnación, pues comporta una Palabra suprema y trascendente que se manifiesta en palabras concretas e históricas.

Por otra parte, precisamente por esta duplicidad armónica, la interpretación conveniente de la Palabra sagrada tiene presente su instrumentación, sea teológica, sea histórico-crítica (por ejemplo, los géneros literarios) que se aparta de cualquier literalis-

mo fundamentalista, o de cualquier libre aplicación. Así, emerge la “verdad” positiva que la Palabra de Dios quiere ofrecer y que evita la terminología del pasado de corte negativo que hablaba de “inerrancia”.

Enseguida el concilio afirma que “hay que confesar que los libros de la Escritura enseñan firmemente, con fidelidad y sin error, la verdad que Dios quiso consignar en las sagradas letras para nuestra salvación” (DV 11). Con esta afirmación se supera el conflicto entre fe y ciencia, teniendo en cuenta que “la autoridad del Espíritu Santo ha tenido en la mira el persuadir a los hombres sobre aquellas verdades que, siendo necesarias para nuestra salvación y superando cualquier discurso humano, no podían por otra ciencia ni por otro medio ser conocidas sino por boca del Espíritu Santo mismo” (Castelli, 1968).

Es lo que ya había intuido San Agustín cuando afirmaba que “no se lee en el Evangelio que Jesús haya dicho: ‘Les mandaré el Paráclito que les enseñará como van el sol y la luna’. Quería formar cristianos, no matemáticos”. En efecto, la Palabra de Dios proclama la verdad salvífica y no la científica.

Finalmente, el tercer hilo que se desanuda en el capítulo VI de la *Dei Verbum* es el que entreteje Biblia y vida, sobre todo en el ámbito de la existencia creyente: “Es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual” (DV 21)

Esta acción de la Palabra se ramifica en los diversos ámbitos de la vida de la Iglesia. De ahí el llamado convencido y apasionado al estudio y a la lectura de la Biblia, de modo que ella sea alma de la predicación pastoral, de la catequesis, de la homilía litúrgica, de la teología y de la oración, que se entable diálogo entre Dios y el hombre; porque, como recuerda el Concilio citando a San Ireneo: “a Él hablamos cuando oramos, y a Él oímos cuando leemos las palabras divinas” (DV 25).

Y esta consideración nos lleva espontáneamente a una reflexión conclusiva que dejamos a una escena curiosa y a dos personajes.

Es la chanza que se intercambian Vladimir y Estragón, dos vagabundos en el célebre drama de Samuel Becket “Esperando a Godot” (1952), refleja una actitud común para muchos: una ojeada sí hay que darla a un libro tan famoso, pero, como ocurre con los clásicos, poco leído. Incluso entre católicos en tiempos preconciatares: Vladimir: “¿Alguna vez has leído la Biblia?”. Estragón: “¿La Biblia?... Debo haberle dado alguna ojeada”.

El poeta francés Paul Claudel no dudaba en decir, con cierta ironía, que los católicos expresamos un gran respeto por la Biblia, un respeto tan grande que lo demostramos teniéndola lo más lejos posible.

El Concilio Vaticano II pide acortar la distancia entre la Biblia y los lectores, entre la Biblia y la comunidad eclesial, de modo que se trabaje por una reapropiación de la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia, que reconozca la necesidad de tener entre las manos este “gran código” de la cultura occidental para poder descifrar y admirar las producciones más altas en el campo de las artes, y yendo más allá, su incidencia en el horizonte del ethos y de la ética común.

El mensaje del evangelio es único en todo tiempo, es el mismo ayer, hoy y siempre, como se afirma de Cristo en Hebreos 13,8. Pero se requiere que sea encarnado en las coordenadas históricas cambiantes en las que transcurre nuestra existencia.

Esta “contemporaneidad” permanente de Cristo y de su Palabra es la gran exhortación constante del Concilio Vaticano II. Al respecto Søren Kierkegaard, filósofo danés del siglo 19, afirmaba: “La única relación que se puede tener con Cristo es la contemporaneidad. Relacionarse con un difunto es una relación estética: su vida ha perdido el aguijón, no juzga mi vida, me permite sólo admirarlo”. Este autor también afirma que, en cambio, el Viviente, como de hecho es Jesucristo Resucitado, “me empuja a juzgar mi vida en sentido definitivo” (Kierkegaard, 2009). Esta imagen se relaciona con la de la espada, presentada al comienzo de este artículo.

La Palabra de Dios hace caminar a la Iglesia: un Dios que habla e invita al diálogo

La Biblia es fuente y criterio de identidad para el creyente, pues la fe nace de la revelación de Dios, que tiene sus inicios con Abraham. A pesar de las variadas experiencias religiosas de la antigüedad, no se lograba captar el verdadero rostro de Dios. Por eso es Dios mismo quien se da a conocer, quien levanta el velo, es decir, se revela por medio de los acontecimientos y de la palabra: “El Señor dijo a Abrán” (Gn 12,1)

Este aspecto de la revelación se presenta de manera detallada en el prólogo de Hebreos:

“En diversos momentos y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas. En estos últimos días nos ha hablado por medio de su Hijo, a quien instituyó heredero de todas las cosas y por quien hizo también el universo” (Hb 1,1-2)

El hilo conductor específico de toda la revelación hebrea-cristiana es el habla de Dios a los hombres, al contrario de las religiones antiguas en las que lo propio de los dioses no es hablar, si acaso los dioses hablan entre sí (los babilonios, los egipcios, los griegos).

Esta particularidad se resalta también en el Deuteronomio: “Interroga, pues, a los tiempos antiguos que te han precedido, desde el día en que Dios creó al hombre sobre la tierra: de un extremo al otro de los cielos ¿se ha producido alguna vez un acontecimiento tan imponente como éste, o se escuchó algo semejante?” (Dt 4,32)

En la Biblia no se llega a Dios por el esfuerzo humano de elevarse a él y conocerlo, sino que es Él quien se revela, es decir, se da a sí mismo por su libre iniciativa y voluntad. No se define en términos esencialistas o filosóficos, sino en términos relacionales: es “el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob” (Ex 3,6), es el Dios de los padres. Es el Dios que habla y, de este modo, llama al hombre a ser su compañero, en la escucha y por tanto en la relación.

Dios habla y su palabra manifiesta su poder en los ámbitos de la creación y de la historia. En efecto, la palabra de Dios es creadora (Gn 1,3ss; Sal 33,6.9; Hb 11,3) y establece la historia. Es así que el término hebreo *dabar*, normalmente traducido con “palabra”, signifique también “historia”, “acontecimientos” o “hechos” (1 Re 11,41; 14,19,29; 15,7,23,31).

El Dios que habla es por tanto comunicación. Esto significa la revelación simultánea de la Palabra y del Espíritu, que se manifiesta desde la primera página de las Escrituras con la narración de la creación que se realiza a través de la Palabra: “Dios dijo...” (Gn 1,3ss.) y bajo la guía del Espíritu: “El Espíritu de Dios se movía sobre las aguas” (Gn 1,2). De modo que la Palabra y el Espíritu son parte de un solo acto de comunicación de Dios.

Si el fundamento de toda la Biblia es el hecho de que Dios habla, el hombre bíblico entra en relación con Dios a través de la escucha, pues camina a la luz de la fe, no de la visión (2 Cor 5, 7), y sólo en la escucha puede tener lugar su encuentro con Dios.

La escucha es constitutiva de Israel como pueblo de Dios: “Escucha, Israel: el Señor es nuestro Dios, el Señor uno es” (Dt 6,4); “Escuchen mi voz, hagan todo lo que les he mandado, y serán mi pueblo y yo seré su Dios” (Jr 11, 6). Así lo recuerda el Papa León XIV, al promover la actitud de la escucha “para que la Palabra divina pueda penetrar en nuestras mentes y en nuestros corazones. Al mismo tiempo, estamos llamados a hablar con Dios, no para comunicarle lo que Él ya sabe, sino para revelarnos a nosotros mismos” (Catequesis sobre la *Dei Verbum*. 14 enero 2026).

La historia de Dios con la humanidad es la historia de su hablar, que encuentra su cúspide en Jesucristo, la Palabra definitiva de Dios a la humanidad, es decir, la Palabra que dice todo, que comunica plenamente la voluntad de Dios hacia los hombres, pues él es su rostro, narración y revelación. Todo lo que podemos saber y decir de Dios se encuentra en Jesucristo: “A Dios, nadie lo ha visto jamás, sino el Hijo único... lo dijo (*exeghésato*)” (Jn 1, 18). Y otra vez, según las palabras de Jesús: “Nadie viene al Padre sino por mí” (Jn 14, 6).

Responder a esta Palabra, entrando en el diálogo iniciado por Dios, es lo que la humanidad está invitada a hacer. Por tanto, la misión de la Iglesia consiste en hacerse eco de esta Palabra para que todo ser humano pueda escucharla dirigida a sí mismo, como Palabra salvadora, y dejarse iluminar por ella.

Así se entiende la amonestación con la que Jesús envía a sus discípulos en misión, pidiéndoles que hagan discípulos a todos los pueblos (Mt 28, 19-20): se trata de anunciar la palabra de Dios condensada en Jesús, para que engendre al creyente a la relación con Dios Padre, por medio del Hijo, en el poder del Espíritu Santo.

Si Jesús es la Palabra de Dios, el Espíritu de Dios reposa sobre él, desde su concepción en el seno de María (Lc 1,35).

En adelante el Verbo, el *Lógos* que estaba con Dios y era Dios (Jn 1,1), se hizo carne *sárx* (Jn 1,14) al nacer de una mujer (Ga 4,4) gracias al Espíritu Santo. Entonces, toda la vida de Jesús, hasta su muerte y resurrección, es Palabra de Dios, es decir, es lo que Dios quiere decir y comunicar a la humanidad.

El recuerdo de esta centralidad en la Iglesia es la Eucaristía, celebración siempre renovada de la comunicación de Dios a los hombres en el don de Cristo. En ella, relato de la vida divina comunicada a la humanidad, Cristo llega a sus hijos como palabra y como pan para sustentar y orientar su existencia cotidiana.

Allí la Iglesia se pone totalmente bajo el señorío de la Palabra que es escuchada, proclamada, celebrada, anunciada, servida, de modo que toda la vida de la Iglesia está injertada en el misterio de la Palabra que es ahora misterio pascual, el misterio de Jesús crucificado que ha resucitado.

Ahora bien, si es cierto que las Escrituras proclaman repetidamente la eficacia y el poder de la palabra de Dios, debe precisarse, sin embargo, que esta eficacia no es mágica, sino que se despliega en la fe del creyente, y que su poder encuentra su manifestación suprema precisamente en la paradoja de la extrema debilidad del Crucificado: “la palabra de la cruz” (1 Co 1, 18).

Además, desde la primera página de la Biblia (Gn 1,1-2, 4), donde se describe la eficacia de la Palabra que, dicha por Dios, crea el mundo y todos los seres vivos, ella no elimina las tinieblas y el caos, sino que los ordena separando, distinguiendo, asignando límites y trazando fronteras. De modo que el poder de la palabra de Dios es una fuerza mansa, que se limita a sí misma: al crear al hombre, Dios se expone a la libertad y a la alteridad humana, acogiéndolas con paciencia y mansedumbre.

La mansedumbre de la palabra encuentra su manifestación en el diálogo, precisamente lo que no ocurre entre Caín y Abel y que lleva al asesinato (Gn 4,1-16). La palabra puesta entre Dios y el hombre, entre hombre y hombre, es el lugar de la mansedumbre. Y esta palabra intermedia es diálogo (dia-lógos). Cristo, como palabra puesta entre Dios y la humanidad, es el lugar del diálogo y del encuentro entre Dios y los hombres. Como Verbo hecho carne es también la mansedumbre hecha persona (Mt 11, 29).

Del Dios que habla deriva, pues, para la iglesia no sólo la misión de anunciar su Palabra al mundo, sino también el modo y la manera de tal anuncio: la mansedumbre y el respeto (1 Pe 3, 15).

La palabra de Dios es también para la iglesia una modalidad, pues la Palabra mansa que es Cristo no puede ser proclamada en tonos soberbios, violentos, intolerantes o irrespetuosos, sino que exige mansos evangelizadores que formen una iglesia fuerte en la fuerza de la mansedumbre.

Y así, desde el Dios que habla a la iglesia que anuncia la palabra de Dios definitivamente revelada en el hombre Jesucristo, se instaura un movimiento de comunicación y comunión. Esto es lo que expresa con densidad teológica el prólogo de la Primera Carta de Juan:

“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida (Palabra) porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos

manifestó; lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo.” (1 Jn 1,1-3).

Si la "comunión", *koinonía*, define la vida del Dios uno y trino y la profundidad de su misterio, la iglesia sólo puede ser atravesada por la vida misma, si quiere narrar creíblemente a Dios.

Bajo el primado de la Palabra de Dios, la Iglesia se deja habitar por la vida divina y se convierte en sacramento de su presencia, viviendo como “casa y escuela de comunión” (Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 43). Como comunión, es imagen de la humanidad reconciliada y profecía del Reino.

De este modo la iglesia no se limita a cumplir su servicio de anuncio de la Palabra de Dios, sino que se convierte ella misma en memoria viva de la Palabra. Y esto emerge en toda su potencia espiritual en el momento en que la Iglesia celebra la Eucaristía, cuerpo de Cristo entregado para la vida del mundo, diálogo definitivo en el que se entrega el Verbo hecho carne: “Esto es mi cuerpo, entregado por vosotros; haced esto en memoria mía” (1 Co 11, 24). Es decir, vivir como yo he vivido.

Callamos antes de escuchar porque nuestros pensamientos ya están dirigidos hacia el mensaje, al igual que calla un niño cuando entra en la habitación de su padre. Callamos después de oír la palabra de Dios, porque ella resuena, vive y quiere permanecer en nosotros.

Callamos al levantarse la mañana y callamos al caer la noche porque es a Dios a quien corresponde la primera y última palabra del día. Callamos, por tanto, únicamente por causa de la palabra” (Bonhoeffer, 1992, p.72)

**Conferencia del P. Fidel Oñoro, cjm, para los animadores bíblicos de la evangelización de la arquidiócesis de Bogotá y ajustado para esta publicación el P. Wilton Sánchez.*

Referencias bibliográficas

Agustín de Hipona. (2014). *Contra Felicem*. Biblioteca de Autores Cristianos.

Beckett, S. (1952). *Esperando a Godot*. Tusquets.
Benedicto XVI.(2010). *Verbum Domini*. Editrice Vaticana.

Bonhoeffer, D. (1992). *Vida en comunidad*. Sígueme.

Castelli, B. (1968). *Carta a Galileo Galilei*. Barbera.

Claudiel, P. (1959). *Yo amo la Biblia*. Editorial Vergara.

Concilio Vaticano II. *Dei Verbum*. Editrice Vaticana.
Juan Pablo II (2001). *Novo millennio ineunte*. Editrice Vaticana.

Kierkegaard, S. (2009). *Ejercitación del cristianismo*. Trotta.

León XIV (2026). *Audiencia General. Dios habla a los hombres*. Editrice Vaticana.

Universidad de Navarra. (2008). *Sagrada Biblia EUNSA*.



Tomado de: https://www.magnific.com/es/foto-gratis/adolescente-tomando-libro-estanteria_2453634.htm#fromView=search&page=5&position=10&uid=cee6b5a3-9dbe-4174-b48c-a1bdda02e3f3&query=biblioteca